

Colaboraciones

CABEZA, CORAZÓN Y LENGUA CUENTO

En un lejano extremo de nuestra Galaxia existía un sistema solar semejante al nuestro. Lo era tanto que incluso contenía un planeta que bien podría ser el doble de la Tierra, pues sabios hay que dicen que todos los mundos tienen un doble. Si no contundente, si convincente resulta la afirmación en este caso, pues dicho planeta tenía por nombre Discordiaterris y sus habitantes coincidían de tal modo con nosotros en lo moral y lo somático que, además de ser también mortales y padecer enfermedades, eran en su mayoría infelices por tener que sufrir la propia debilidad de los buenos, origen de muchos males, pero sobre todo los resultantes de la maldad de una minoría notablemente perversa y dañina, contumaz en obrar dominada por la envidia, la soberbia, la avaricia, el engaño y la hipocresía, todo lo cual producía el abuso, la injusticia y la discordia, que, a su vez, ocasionaba el infortunio de todos, el de unos por activa y el de otros por pasiva.

Aquellas gentes tenían, también, creencias religiosas, pues veneraban de modo más o menos sincero a tres divinidades, en algo parecido a la Trinidad cristiana o la Trimurti hindú y en versión femenina. Sus nombres eran Cordura, Bondad y Prudencia. Una especie de Pontífice o Gran Mediador les regía en lo espiritual, pero su autoridad resultaba una entelequia por lo ineficaz de sus exhortaciones al bien obrar. Esto le causaba un dolor de corazón tan profundo que constante y sinceramente invocaba a las deidades alguna forma de remedio. Y tanta fue su insistencia y tan conmovedor el fervor puesto en la súplica, que las diosas accedieron, expresándose así para exponer su modo de ayudar, conforme a la peculiar naturaleza de cada una:

- Yo -dijo la diosa Cordura, que sabía dónde nacían los males- pondré remedio en el pensamiento.

- Yo le pondré en el corazón -anunció la diosa Bondad, conocedora de donde se alimentaban-

- Y yo en la lengua -agregó la diosa Prudencia, harta de saber que en este órgano invertebrado y versátil toman pávulo la mayoría de los males para sembrar la discordia y promover las guerras, envenenando las conciencias.

¿Y sabéis cómo empezaron a obrar los mandatos de las diosas? Fue de un modo tan admirable como benéfico. Porque desde el instante en que hablaron ellas, cuando alguien concebía un mal pensamiento le atacaba un fuerte dolor de cabeza, que desaparecía tan pronto como dejaba de pensar con maldad, fuese en la manera que fuese, pues son infinitas las formas en que la maldad se concibe y se manifiesta. Si algún corazón daba cabida a cualquier sentimiento negativo, ya fuese rencoroso, ya carente de afecto, era asaltado en el acto por unos espasmos tan violentos que amenazaban con romperle, pero se sosegaba en cuanto acogía un sentir

bondadoso. Sin embargo, lo más notable fue lo sucedido con el lenguaje: Nadie podía pronunciar una mala palabra, mejor dicho, una palabra mala, que es distinto. Porque apenas una mala idea escapada del pensamiento empezaba a tomar forma para expresarse en sonido, la lengua se pegaba al paladar, acartonada y seca, a la vez que segregaba una saliba amarga como la bilis y hedionda como la maledicencia.

De este modo aquellos seres abandonaron toda clase de perversidad, logrando un estado de ánimo que podríamos llamar "de gracia", por serlo de bienestar inefable, más profundo cuanto más bondadosos fuesen su pensar, sentir y hablar.

Pero en el momento de la transición sucedieron, como no podía menos de ocurrir, acontecimientos dignos de ser reseñados.

Uno fue en un tribunal en el que se estaba juzgando al ladrón de un pan. El autor del robo, obrero sin ocupación, carecía de medios pero no de familia a la que alimentar, pues tenía tres hijos, esposa y suegra. Pero nada de esto tuvo en consideración el panadero a la hora de presentar la denuncia acusatoria.

Estaba el juez pronunciando la sentencia cuando recibió la gracia del mandato divino, y discurrió así:

- Probado el hecho delictivo, que no niega el acusado y que confirman los testigos, por esta mi sentencia se le condena.... (aquí el juez se detiene y su rostro cambia la expresión adusta y dura por todo lo contrario, y prosigue): - Esto es que se otorga el perdón, quedando nula y sin efecto la denuncia y obligado el denunciante a entregar al denunciado diaria y gratuitamente un pan como el que se supone sustraído. Esto será así hasta que el acusado disponga de recursos suficientes para mantener dignamente a su familia.

- Lo haré con mucho gusto, señor juez -declaró el panadero-, añadiendo: - Y si nuestro amigo lo desea, le daré trabajo en mi tahona.

- Que así sea. Caso terminado -concluyó el juez-

Otro episodio igualmente admirable fue el siguiente:

Estaba discutiendo un matrimonio, cruzándose las palabras más violentas, con vituperios que acrecentaban el mútuo encono y cuando una mano amagaba un bofetón y otra alzaba un cuchillo cocinero, recibieron el mandato pacificador y quedando suspensos un instante, trocaron su actitud violenta primero por la sorpresa mútua y luego la ira en mansedumbre, acabando pidiéndose perdón recíproco y abrazándose conmovidos y felices.

Y así, primero a la fuerza y después con gusto, los habitantes de Discordiaterris fueron felices y pronto estuvieron de acuerdo, sin una sola excepción, en cambiar a su mundo el nombre, que desde entonces figura en la nomenclatura del Universo con el de UTOPIA.

FIN.

Jerónimo Gregorio Navarro